

Regresé de México entusiasmado, deslumbrado, trayendo unos idolillos auténticos regalados por Diego y por Lupe, con quienes me cartearía durante varios años de manera irregular y pintoresca, con cartas “de ellos” escritas por ella con enorme y espesa letra conseguida con unos palillos mojados en tinta china; por mí, en tarjetas, servilletas de restaurantes, invitaciones a vernissages, papeles de cafés. (Diego me mandaría una postal, aún, poco tiempo antes de su muerte...) En México dejaba el fabuloso convento de la Merced, donde le Doctor Atl disponía de más de cuarenta celdas monacales para dormir a gusto; en México quedaba la que cantaba con voz sorda sobre el mástil de su guitarra y aquella otra, deslumbrante de juventud, que estudiaba matemáticas cuando no danzaba; en México, las visiones de la Revolución, de Orozco, alzadas al diapason de la tragedia miceniana. Mujeres, hombres, que sabían lo que querían y a dónde iban; gente que había echado al fuego una serie de prejuicios burgueses que, para decir la verdad, pesaban tremendamente, todavía, sobre muchos de nuestros “minoristas”, muy capaces de correrse u na juerga de pocas consecuencias, con grandes alardes de menosprecio a las normas sociales establecidas, a condición de que el redil estuviese listo a recibirlos al día siguiente... En lo político –ya que no en la vida personal– se mostraban más audaces, sin embargo. Había terminado la presidencia contra la cual se hubieron alzado (¿) los Veteranos y Patriotas, y gobernaba el país un tal Machado y Morales que todas las fuerzas reaccionarias de la nación y la Embajada de los Estados Unidos tenían en grande estima, por aquello de que era un “patriota de limpia ejecutoria”, veterano de la guerra de independencia, “hombre de rectos principios”, etc., etc. –“y todo eso”, como hubiese dicho el novelista mexicano que cité en otra oportunidad. Las “fuerzas vivas de la nación”, con mucho de lo que Valle Inclán, en su *Tirano Banderas*, identificaba con “el abarrotero, el empeñista y el chulo de bragueta”, desfilaban ante el Palacio Presidencial, en cualquier ocasión, para demostrar su adhesión al caudillo, y su apoyo a un proyecto de reforma de la Constitución que habría de llevar el tiempo de su mandato de cuatro años a seis, con una reelección aceptada de antemano. La verdad es que Machado era un personaje tan malo como los otros presidentes que, desde la instauración de la República, lo habían precedido en el poder. Pero, por vez primera, nos ponía en presencia de un gobernante cruel, de un auténtico dictador que podía compararse, en muchos aspectos, con los Estrada Cabrera, de Guatemala, o Juan Vicente Gómez, de Venezuela (“Un asno con garras”, lo llamaba Rubén Martínez Villena...). Y he de decir aquí, haciendo una digresión, que muchas veces he soñado con escribir unas *Vidas Paralelas*, a la manera de Plutarco, sobre los grandes dictadores de América Latina. El tema no ha sido tocado aún sino de manera local y limitada, cuando un gran estudio de conjunto sería deseable. Pienso que Alfred Jarry, con su *Ubu Roi*, ha quedado muy corto. La “machine à phynances”, los “petits bouts de bois dans les oneilles”, las operaciones del “décervelage” resultan meras diversiones ante las ocurrencias de un Melgarejo, en Bolivia, con su caballo Holofernes que bebía “stout” en cubos antes de que su amo declarara la guerra a Inglaterra; los “maxorqueros” de Rosas y el teólogo Doctor Francia, también se las traían, en espera de los templos a Minerva, edificados por Estrada Cabrera y la adversión a la técnica de Juan Vicente Gómez (no se sospechaba que en ello se parecería a Henry Miller), que anunciaban el advenimiento, en Cuba, del Machado y Morales. Este llegaba al poder con plena conciencia de su ignorancia. Se excusaba de ella diciendo: “No soy un intelectual, pero soy un patriota. Todos los días estudio”. Y hubo una estación de radio que tuvo el buen humor de anunciar al público una mañana: “El General Machado está leyendo las *Tragedias* de Esquilo”... El hecho fue que, cumpliendo cabalmente con su voluntad “minoritaria”, el grupo se pronunció, desde el primer momento, contra las aspiraciones dictatoriales de Machado. En 1927, sus componentes firmaban un manifiesto, redactado por Rubén Martínez Villena, que se pronunciaba contra “las dictaduras políticas unipersonales” en América y en Cuba, y “por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui” Simultáneamente, en artículos, en publicaciones diversas, los “minoristas” reafirmaban su actitud. Desde las páginas de *Carteles* yo ayudaba al movimiento de manera menos agresiva pero acaso más eficiente, debido a la grandísima difusión de la revista. Los juegos estaban echados. Machado, en aquellos días, había declarado, de modo un tanto sibilino –a buen entendedor, pocas palabras– que “a él no se le tumbaba con papelitos”. El jefe de la policía judicial, Alfonso Fors, rondaba, con distintos pretextos, la mesa de unos

almuerzos que teníamos, todos los sábados, en un hotel de la ciudad vieja. Y, en un registro domiciliario, hecho a un escritor peruano llegado recientemente a La Habana, se encontraron muy pronto los originales de un manifiesto firmado por mí –manifiesto un tanto ingenuo, en su tono, pero de una violencia sin lugar a equívocos –que habría de llevarme a la cárcel.

Lo supe un sábado, hacia las tres de la tarde. Mi orden de arresto aparecía en un periódico vespertino que acababa de ser lanzado a la calle, y creo que su jefe de redacción la había publicado en lugar muy visible para que yo tuviese pronto aviso de ello. Preparé una pequeña maleta y me dispuse a ocultarme en una finca próxima a La Habana. Para ello, tenía que atravesar toda la ciudad. Esto se hizo sin tropiezos, usándose de autobuses y tranvías que, por lo general, venían repletos. Pero, al tomar una ineludible carretera que había de ponerme a salvo, un agente de la policía judicial me puso la mano en el hombro... Cuando llegué a la cárcel –era un edificio colonial, hoy desaparecido, que se alzaba en el comienzo del Paseo del Prado –me encontré que algunos amigos míos habían sido agarrados ya un poco antes: José Antonio Fernández de Castro, el apasionado divulgador de la poesía de Mayakovsky y de la pintura de Rivera; Laguada Jayme, un escritor venezolano que sería asesinado pocos días después; Gustavo Machado, futuro secretario general del Partido Comunista Venezolano, y algunos intelectuales peruanos y argentinos que habían protestado, en Cuba, contra los desmanes de otros dictadores americanos, de los cuales Machado se había declarado solidario, días antes, declarando: “Soy imperialista”,,. Recuerdo que observé todos los pormenores de mi ingreso en la prisión con un buen humor extraordinario. Estaba inconsciente de que la vida de muchos presos de aquel día corría inminente peligro. Pasé por la prueba del Bertillón, posando de buenas ganas para las fotografías de frente y de perfil; ayudé al oficial de turno a examinarme el cuerpo señalándole que tenía una cicatriz en el antebrazo izquierdo, y entré en el calabozo común –o Galera N° 13– con increíble regocijo, creyendo que aquella comedia duraría muy poco. (Ignoraba entonces que la entrada en una prisión es cosa fácil; la salida es otro asunto y más cuando se vive en la arbitrariedad de una dictadura latinoamericana...). Me asignaron un camastro de cañería y lona, de los que llaman “caballos”, y se me dijo que, desde aquel momento, dependía de un “capitán de galera”, llamado el Orejón, asesino que se jactaba de haber abierto un vientre de un navajazo, poco tiempo atrás. A las ocho de la noche nos dormimos todos al toque de queda porque la jornada había sido más que fatigosa. Pero al día siguiente, al amanecer entre rejas, tuvimos una cabal sensación del absurdo, de la monstruosa inutilidad, de nuestro estado. *No teníamos absolutamente nada que hacer*. Cada cual había sido segregado de sus hábitos, de sus ocupaciones, de sus cotidianas voliciones. Estábamos encerrados. Eso es: *encerrados*. Nada más. Nuestras energías, nuestras inteligencias, nuestra ~~irrefrenable actividad~~ actividad acometividad de hombres jóvenes, no servían para nada. No sabíamos a ciencia cierta por qué habíamos sido arrestados (lo del manifiesto ocupado por la policía sólo se conocería algún tiempo después). No se nos llamaba a declarar. No se nos interrogaba. Supimos que también Rubén Martínez Villena había caído en la redada. Pero, ya afectado por la dolencia pulmonar que le causaría la muerte unos pocos años después, había sido internado, bajo vigilancia, en un hospital de la ciudad. Fue entonces cuando estalló nuestra indignación en forma de desobediencias, indisciplina, gritos, insultos, objetos lanzados al suelo, cantos sediciosos, gritos de “viva” y “muera”. A las diez de la mañana, el alcaide de la cárcel, armado de una fusta, seguido de guardias armados, nos hizo saber que, si aquello continuaba un minuto más, seríamos encerrados en unas jaulas disciplinarias en las cuales no podía estarse ni de pie, ni sentados, ni acostados. Aquello calmó los ánimos y pensamos en la posibilidad de emplear el tiempo en algo útil. Había varios obreros, entre nosotros, que mostraban una sensatez envidiable. Habían sido presos por fomentar una huelga donde Machado había asegurado a la embajada Norteamericana que “no habría una huelga más en Cuba” (sic) y proponían que los días se consagraran a pequeños estudios de marxismo y de historia general. Pronto alineamos los bancos de la galera, formamos una clase, y Romero, sociólogo argentino, empezó a explicar el socialismo primitivo, cuando la policía hizo una segunda irrupción en el lugar declarando que tales actividades estaban y estarían terminantemente prohibidas. Tuvimos, pues, que desistir de nuestro empeño. Cada cual se replegó sobre sí mismo, el uno escribiendo cartas, el otro torciendo tabaco, el de más allá entretenido en alguna tarea manual, hasta que cayó una noche densa, agobiante, inmensamente triste, Ya empezábamos a saber lo que era la cárcel. Pregunté

al capitán de galera si no le sería posible conseguirme un libro de lectura amena. Me dijo que me buscaría algo en una biblioteca que existía en alguna parte. Al cabo de larga espera me trajo *Mis prisiones* de Silvio Pellico. *Toujours la réalité dépasse la fiction.*